

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

José BRAGE, *El equilibrio interior. Placer y deseo a la luz de la templanza*, Madrid: Rialp, 2016, 176 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-4632-9.

El autor de este libro sabe de qué habla. Antes de escribirlo, dedicó varios años a la elaboración de una tesis doctoral sobre la virtud de la templanza. Sólo después de defenderla y obtener el grado de Doctor en Teología, decidió resumir sus conocimientos sobre esa virtud en un lenguaje comprensible para el lector no especializado.

En su intento por enseñar la belleza de la templanza, el autor, buceador de combate antes de ordenarse sacerdote, tiene que comenzar por pelearse contra el desconocimiento, para algunos, o la mala prensa, para otros, de la propia palabra «templanza». No tiene más remedio que emplearla: no hay otra. Pasa lo mismo con la virtud de la prudencia. Los prejuicios semánticos juegan en contra de las virtudes más importantes de la persona. Brage afronta el reto, y consigue no sólo explicar bien en qué consiste la templanza, sino también mostrar su verdadero rostro, un rostro hermoso, simpático, atractivo, como el de todas las virtudes.

Brage parte en su libro del planteamiento clásico de la virtud en general y de la templanza en particular. Conoce bien no sólo el pensamiento de Aristóteles o santo Tomás, sino también el de autores modernos que han reflexionado sobre esta virtud cardinal siguiendo aquella orientación: A. MacIntyre, J. Maritain, J. Pieper, M. Rhonheimer o R. Spaemann, por señalar algu-

nos. Pero el autor ha querido hacer un libro atractivo, y para ello ha sembrado sus páginas de anécdotas, pequeñas historias o frases incisivas que facilitan enormemente la lectura y la comprensión del pensamiento fuerte que intenta exponer.

Si tuviera que destacar algunas ideas de este libro que me parecen especialmente interesantes para todos los lectores, señalaría los siguientes:

1. Frente a una idea bastante extendida que identifica la templanza con el esfuerzo que la persona está obligada a realizar para dominar sus deseos, Brage recuerda el planteamiento clásico de esta virtud como racionalización de la afectividad, que hace que el bien moral se convierta en algo connatural, atractivo, que realizamos con facilidad y gozo, y deje de ser una pesada carga que llevamos sobre los hombros mientras pensamos que ojalá no estuviéramos obligados a llevarla, porque en tal caso la echaríamos por tierra.

2. La templanza está íntimamente relacionada con la libertad interior de la persona. Esta virtud, que para algunos huele a negación de los deseos, represión de los sentimientos y anulación de las emociones, se muestra como la cualidad moral de los que han conseguido liberarse de su egoísmo y, por tanto, están capacitados para dar y darse con alegría a los demás. Este aspec-

to está adecuadamente destacado en el libro de Brage no sólo cuando habla de la templanza en general, sino también cuando se refiere a las virtudes relacionadas con ella, como la sobriedad o la castidad.

3. El autor pone de relieve, de modo muy acertado, la conexión de la templanza con la salud psíquica, algo que han señalado muchos estudios de psiquiatría. La contradicción entre la razón (y la fe) y los apetitos se instala en el corazón de la persona que no vive la templanza, y le impide alcanzar el equilibrio y la armonía interiores que definen la estabilidad psíquica y afectiva. Brage recuerda lo que han enseñado los grandes maestros de moral: la destemplanza, la búsqueda inmoderada de placer, no tiene por efecto más alegría, sino todo lo contrario: impide los gozos más elevados y conduce a la frustración y a la ruptura interior de la persona.

El autor dedica gran parte del libro a las virtudes relacionadas tradicionalmente

con la templanza: el pudor, la honestidad, la mansedumbre, el desprendimiento, la estudiosidad, la elegancia y la humildad. Aunque su tratamiento sea necesariamente breve, es muy interesante, entre otras razones porque algunas de estas virtudes resultan totalmente desconocidas para la cultura actual, cuando deberían jugar un papel de primer orden. ¿Quién conoce hoy la virtud de la estudiosidad? Y se trata de la virtud que ordena el deseo de saber, un deseo que estamos ejerciendo casi continuamente, y tal vez sin ningún orden racional.

Aunque, como hemos señalado, el libro está escrito para lectores no especializados, exige a veces cierto esfuerzo para su comprensión. Pero es una dificultad que vale la pena superar, sobre todo si va encaminada no tanto a saber en qué consisten las virtudes tratadas, sino a vivirlas en la vida de cada día.

Tomás TRIGO

Jacques BICHOT, Pierre COULANGE, Jacques LECAILLON y Jean-Yves NAUDET, *Doctrine sociale de l'Église et science économique. Quelques réflexions sur le rôle respectif des économistes et du magistère*, Marseille Cedex: Presses Universitaires d'Aix-Marseille («Collection du Centre d'Éthique Économique»), 2013, 77 pp., 15,7 x 24,3, ISBN 978-2-7314-0866-9.

Se trata de un pequeño libro –un folleto según los autores– que recoge las reflexiones de cuatro economistas de la Association des Économistes Catholiques de Francia (AEC) sobre la función que corresponde a los economistas y al Magisterio en relación con la Doctrina Social de la Iglesia. Lecaillon es profesor de la Universidad de París 1; Bichot, de Lyon 3, Coulange es sacerdote y economista y enseña en el Studium Notre Dame de Vie, y Naudet es profesor en Aix-Marseille y presi-

dente de la AEC. Son autores ya conocidos en el ámbito de la DSI.

El libro tiene su origen en una jornada que tuvo lugar en París a finales de 2012 para dialogar sobre el tema ya mencionado. Concretamente, recoge las ponencias que presentaron en esa jornada los tres primeros autores, más un escrito de Naudet que guarda relación con el tema y, por último, el manifiesto de la AEC. La intención de las intervenciones era estimular el debate y abrir campos de diálogo, de modo que el cuader-